

Elbesodelcondor1

Gastón García Sepúlveda



Capítulo 1

El Beso Del Cóndor

Gastón Sepúlveda

Como todos los viernes, deambula borracho por la ciudad y esta vez toca el número 3 de la avenida principal. Después de unos segundos se abre la puerta y ella lo recibe, lo llama por su nombre, él asiente, entra en el departamento.

Está todo en calma, su voz es limpia, cristalina, tiene veinte años a lo sumo, es perfecta. El departamento es amplio, luminoso. Afuera sucede la noche, es un séptimo piso.

Perfecto para cumplir los treinta. Ni demasiado viejo ni todavía joven, aún quiere la sensación de tener veintitantos. La muchacha es cálida, serena: ha sido en extremo cuidadoso al elegirla, tiene algo en su figura que lo obsesiona desde hace unas semanas; sus grandes ojos le atraieron, por fin veía su rostro, la manera en que el pelo ondulatorio cae hasta su cintura, sus rasgos.

Afuera hay fiesta, pero adentro el silencio. La única luz en el centro del comedor ilumina las paredes verdes, los adornos, los detalles en todos los lugares: el apartamento de una mujer. La muchacha lo invita a sentarse en el sofá, él se relaja ahí, convenientemente.

—¿Tienes novia? —pregunta ella mientras sirve dos vasos, parece tequila.

—No.

Ha comenzado a latir su corazón súbitamente. Le relajará el tequila, la chica sonríe siempre y tapa la botella, lleva un vestido rojo muy ligero que deja al descubierto sus piernas y buena parte de sus pechos.

—Tengo una hija —dice mirándola de la cabeza a los pies, algo le conmueve

mientras la observa entregarle el vaso.

–Qué lindo, ¿cuántos años tiene?

–Ah, diez años –le dice mientras ella se sienta a su lado.

Limón, sal... bebe inclinando su cabeza y ella empieza a reír porque ha caído un poco por el costado de su boca. Ella también se sirve.

Conocerla mejor es, por lo demás, algo inútil. No le interesa más que su cintura, ella extiende la mano palma arriba y sostiene la mirada. Trae el dinero exacto y rápidamente, toma los billetes de su camisa y se los entrega, ella deja de sonreír, guarda el dinero entre sus pechos y escapa una mueca por debajo de las cosas; ella debe cumplir ahora su parte.

La muchacha toma su mano y camina con él hasta cruzar el comedor y entrar por un estrecho pasillo, en mitad de éste hay una puerta que la chica abre. Es un baño, hay una toalla colgada junto a la bañera. Ella le da un empujón.

–Antes que nada, date una ducha ¿quieres?

–Claro, ¿vienes conmigo? –pregunta de inmediato.

Pero ella continúa su camino y le deja solo.

La chica es limpia, eso le gusta. Ya entibado con el licor se saca la ropa y enciende el agua caliente, está pasando un buen cumpleaños.

Invitar a una chica al cine, comer en un restaurante... se ríe de sí mismo. No quiere cometer viejos errores, luchar por una relación auténtica, enamorar a alguien. Hace años perdió esa intensidad que tuvo, pretender una familia, amar a una mujer, a su hija, el sueño y hasta la ingenuidad de creer que algo sería para siempre, ¿para qué, de todos modos, querría eternidad?

El idilio duró unos años, y lentamente los desacuerdos, los desencantos, fueron mermando los sentimientos y hacer el amor se volvía algo cada vez más triste, más lejano.

Nada puede parecerle más honesto; evita pagar cuentas de restaurantes y moteles, luego sostener una unidad familiar, lidiar con el peso que se ha puesto sobre él. No necesita si quiera seducirla, no le interesa lo que ella piense o sienta.

Respira por un momento en la blancura del baño, cierra los ojos acariciado por el agua caliente, saluda a su pene erecto. Ella de repente le grita desde afuera, él apaga la ducha y en un par de segundos sale del baño y

continúa desnudo por el pasillo. Ahí está ella en el centro de la habitación, recostada sobre una cama amplia que cobija su risa oculta en las frazadas, comienza sacándose el sostén, lo invita a que se acerque. Se mueve y hace amagos de un baile en el que no tiene mucha práctica, pero ha comenzado a tocarlo y eso basta, él cierra los ojos y se entrega: no tiene por qué ser alguien agradable, puede ser en definitiva, tal y como es.

La muchacha sabe bien cómo empezar, lo sabe todo mejor que ninguna, cómo ir acariciando su entrepierna rastreando con los dedos, cómo sobrevolar por su cintura y lamer muy suavemente por debajo. No la desprecia, a fin de cuentas, tal vez regrese. Si tuviera novia, también regresaría.

Al fin y al cabo, todo, incluidos el amor y la sexualidad, se han vuelto para él un objeto de consumo. La mujer se compra, se usa, se arroja al basurero junto a todas las emociones.

Ha resuelto el problema, desde cierto punto de vista, la chica levanta la mirada, se pone de pie y acerca su cuerpo, tibiamente: él la recorre. La toma con ambas manos y la sujeta contra el colchón, la examina con la boca, con el olfato, sus manos buscan en todo su cuerpo. Ella es liviana, él se deposita en medio de sus piernas y ahí permanece quieto, quiere sentir el aroma que desprende su pecho, sus senos maduros yaciendo en el contacto tibio, abrirse paso de a poco y sumergirse luego en un ritmo que palpita al compás de ese grito salvaje que lo ha guiado hasta ahí.

Cuando nació su hija, hace diez años, fue el día en que agradeció estar vivo. Ella llevaba algo suyo en la sonrisa, en su personalidad, llevaba algo de su ex pareja, era alguien más en el mundo hecha con la mitad de su persona. Creció, y: en medio de los tres, llegó una cuarta persona. Él pasó un año en la incertidumbre hasta que fue inevitable, ambos se separaron. Ahora debía ver a su hija en el régimen de visitas, ahora no toleraba ver a nadie. Apenas hablaban, lo hacían sólo por la niña, y sólo hablaban de la niña, de nada más.

Siente el odio surgir de esquinas que lo colmaron, esa ola enfurece su cuerpo. Dirige esa fuerza hacia la muchacha cuyo rostro navega en un placer errático. La golpea latiendo aferradamente en una lujuria seca, agria y frenética, llora adentro del cuerpo de la chica. La muchacha no evita el dolor y lo aleja un poco frenando sus movimientos. Ella abre los ojos y su gesto de odio parece emular sus propios ojos. Sigue, y la chica grita, pero nadie la escucha. Una vez que el ardor la penetra se entrega en aquel juego violento, pero él ya no la agrede, encaja mejor con su movimiento y así crece la intensidad. No puede evitar sentirse superior a ella, de alguna forma, dominarla, pero dejaría de ser hombre si la humilla, en cambio acaricia su pelo. Ella está para eso, sólo ella puede cargar con eso, y con el odio de tantos hombres que, como él, llegan a sanarse de la

rutina y del exilio sexual, la *idea* de hacer el amor.

Si hubiese continuado con su ex mujer, si no hubiese llegado nadie más, probablemente haría el amor más a menudo, sin pagar, con una mujer que conociera bien: nada es realmente gratuito, él también ha llorado por la noche.

De hecho, siquiera se interesaría por amar si lo que pretende es efímero. Nada más, ama su soledad tanto como el momento en que la idea de una compañía hace reales los cuerpos. Rubias, morenas, colorinas, toda su fantasía está detrás de números de teléfono, de cifras por la hora y por la calidad del servicio. Buenas tetas, buen culo, lo que él desee.

Una gota del placer nace desde sus ojos cerrados y estalla a través de su cuerpo, ella lo envuelve con sus piernas y lo abraza, lo deja descansar sobre su pecho desnudo. Y él está solo, solo en esa habitación, y muy lejos, otras soledades.

La chica deja que dé el último latido, su tiempo se acaba y ha satisfecho su hambre. Puede ser feliz de esa manera, sin ninguna duda. Entre el peso de los años y del mundo, escapar de vez en cuando a las piernas de una escort es su manera de ser más feliz. Nadie le quitará esos minutos de su memoria. Juzga que ha tenido más sexo que nunca, ha disfrutado más que nunca y el matrimonio es lo que le parece absurdo, una ilusión, lo falso.

Anhela en soledad el amor, aún en la sombra, la apariencia de éste, aún su máscara. Sólo tiene energía de la sonrisa de su hija, esa es su fuerza, en ella se representan todas las mujeres del mundo; su propia madre, su ex mujer, la escort que contempla fijamente a sus ojos en calma. Por algunos segundos ha mirado a los ojos de su hija: si ella creciera y fuera una escort... cierra los ojos y el vacío ha vuelto a recorrer su pecho, la besa pensando que fracasaría como padre...

La niña es cada vez menos su hija; comienza a ocupar palabras que él no le ha enseñado, hace gestos que no aprendió de él, ya no tienen aficiones en común. Antes iban al cine a ver películas, iban a los restaurantes, tenían cierta complicidad cuando estaban juntos. Ahora camina borracho por la ciudad y lucha contra sus sentimientos: la niña es hija de otra persona.

–¡Porque los conchesumadres tienen de todo po! –dice bajo los faroles, en voz muy alta, y los automóviles lo esquivan, y la sombra de las cosas de repente lo resguarda.

–¡Son la peor mierda del mundo! –grita por la oscuridad. Ha comprado una cerveza, lleva la botella en la mano y tropieza con la vereda, permanece en el suelo y la realidad comienza a ondular alrededor.

No sabe cuánto tiempo pasa, se despierta y mea en el primer sitio que encuentra, junto a una camioneta roja, va dejando un charco que toma el rumbo de la calle. Los semáforos le indican detenerse, pero prosigue su marcha y busca en las calles el silencio, aquella casa que él extraña.

–¡Muérete, doctor! –. Arroja la botella contra el ventanal, en la casa están todas las luces apagadas. – ¡¡Devuélveme la vida!! –grita con todas sus fuerzas y el vidrio ha destellado al fragmentarse, el ladrido de todos los perros comienza a rebosar el barrio. Se enciende una luz en el segundo piso. Agita las rejas que lo separan de la casa. Una figura abre la ventana y desde el segundo piso, abre fuego y el disparo al aire enciende las luces de las casas.

–¡Te quiero matar!

Comienza a aullar junto a la reja sin distinguir quién está observándolo.

–¡¡Te-quiero-matar!! –insiste y grita aferrando la cabeza contra las rejas, de pronto queda en silencio. Su respiración se agita en su interior, da media vuelta y se pierde entre los automóviles estacionados. Se abren las puertas y alguien quiere detenerle, alguien se dirige hasta donde él está.

–¡Mátame! –se dirige a su adversario, coloca el cañón del revólver en su corazón. – imposible, ya estoy muerto.

Se va, prosigue su marcha por las calles y elige las avenidas más oscuras. La sombra que lo ha amenazado se ha quedado quieta en el mismo sitio. Él se pierde, se dirige a la costa, se saca las zapatillas y queda descalzo en la arena. Se arroja al mar helado de la noche chilena, y queda empapado, pero sólo ahí calma su ira, ésta se convierte en tristeza, se pierde entre las olas que lo azotan contra la arena. Escupe agua y ciego, borracho y empapado, camina lentamente una marcha agónica y llena de angustia, por las calles que han hecho pesadas sus propios sentimientos.

Ya va por la carretera y el juego hipnótico de la autopista va sumergiéndose en una marcha mecánica, intuitiva. En la mañana estaba en la comodidad de su trabajo, ahora toma un rumbo incierto pero desesperadamente necesario. Abre la ventana para que el humo del cigarrillo salga, una estela azul nace del cilindro y baila antes de irse afuera. La música está a todo volumen.

La soledad de la carretera le llena de un extraño sentimiento, de pronto Jimmy Hendrix suena de copiloto y la noche va cayendo, sólo ve la sombra de los prados y el lucero a su izquierda que tiñendo de azul los campos retrata la sombra de animales erráticos en los potreros. La tímida luz de alguna casa en medio del viaje de cientos de automóviles ofrece hospedaje, comida al paso, gasolina. Una que otra animita se dibuja al costado de la autopista, pasa rápidamente.

Es una noche muy especial para su corazón que descansa del pasado, finalmente se considera libre. Va con la cabeza en alto hacia el olvido y sólo piensa en lo que sucederá al día siguiente. ¿Qué le brindará aquella corazonada que le obliga a echar raíces en una tierra ajena y desconocida?

Le cuesta, desde luego, olvidarlo todo. Aún parece escuchar a la niña susurrarle al oído un secreto. Deberá aprender a olvidar; apenas vengan a su mente sentimientos de culpa, deberá obligarse a pensar en otra cosa, en la contingencia.

Se detiene a un costado de la autopista. A su lado pasan los torpes camiones, a su derecha se despliega una fila ordenada de luces que parecen determinar el lugar de un pueblo.

Ahí, echa las espaldas del asiento hacia atrás y pretende dormir, no sin antes fumar un último cigarrillo. La noche es oscura, pero comienza a vislumbrarse la luna en medio de las nubes, sale del auto y prefiere el aire fresco. Camina hacia su derecha lentamente, hay un acantilado bajo el cual una calle solitaria le detiene. En medio de la oscuridad, poco a poco comienza a ver mejor las cosas, y distingue un grupo de pequeñas casas de luces apagadas bajo sus pies. El pueblo parece tranquilo, e incluso la carretera parece tranquila, le calma el corazón aquella libertad nocturna, apaga la colilla y vuelve al automóvil. Apaga el motor y se recuesta en el asiento, tarda en dormirse.

Fuma dos, tres, cuatro cigarrillos. No tiene sueño. Pasan las horas y la luna ha despejado el paisaje, las sombras dibujan mejor el lugar del pueblo: está en medio de la carretera, de unas colinas elegantes que se levantan a la distancia.

Debe ser un pueblo agrícola. Se dice. Mañana irá a ver qué tal, comprará alimentos y buena cantidad de provisiones, había olvidado cosas fundamentales a la hora de comenzar un viaje, la fuerza del impulso. Tendrá que comprar además de alimento, algunas prendas de vestir, cartones de cigarros, un termo para echar agua caliente.

Al día siguiente, lo despierta una nube de polvo que entra por la ventana y el sol está justo frente a él cegándole la vista. Ha dejado la ventana abierta, sube el vidrio con prisa. Estornuda con fuerza y le parece haber

dormido sólo unos minutos, pero el sol le convence que ha pasado la noche entera. Echa andar el motor y toma la curva que le guía por un estrecho camino de tierra.

El pueblo es pequeño y las casas tienen todas sus ventanas cerradas. Sólo es una calle y unas pocas casas con amplios jardines. Hay unas vacas pastando en el prado húmedo de rocío, canta un gallo que le enfría el corazón: los sonidos del campo, de la naturaleza, cautivan sus sentidos y se deshace de aquella actitud defensiva que se adquiere en la ciudad, esa constante alerta.

Pocas veces se sintió en calma con el mundo, y esa mañana desde hace mucho tiempo siente la muerte bastante lejana, siente un leve renacer. No hay otro automóvil estacionado, se detiene junto a una pequeña residencial que afuera tiene mesas a manera de café, resguardadas por la sombra de un techo de madera que sobresale hacia la calle.

Al fondo, dos muchachas miran un mapa, no alcanza a escuchar lo que dicen. Se sienta decididamente en una de las mesas y espera a que alguien salga a preguntarle qué se sirve, pide un café con leche. Las muchachas llevan cada una su mochila, un saco de dormir y otra mochila más pequeña.

El sol comienza a alumbrar sobre la piel de las muchachas, ellas comen frutas y toman leche. Una viste de verde, blue jeans, lleva anteojos negros y sostiene un libro entre sus piernas. La otra, de polera blanca, tiene uvas en la mano y las degusta una por una. Guardan el mapa en una de las mochilas pequeñas.

Su café es menos amargo de lo que él acostumbra, pero la espuma de la leche disuelta está en sintonía con la mañana, pocas veces tiene la posibilidad de contemplar así la realidad. Quiere probar ante sí mismo una cosa: puede ser capaz de vivir sin las mujeres, se puede anhelar algo todavía más profundo. Por tanto, decide alejar su vista de las muchachas, reprime ese impulso arcano y sublime, las ganas de mirar sus piernas, contemplar sus hermosos rostros.

Las chicas se levantan, toman las mochilas y con absoluta rapidez las ponen en sus espaldas. Se abrochan los cinturones. Caminan y pasan junto a él que permanece abstraído en su café y evita alzar la mirada. Sólo es menos sufrimiento, se dice a sí mismo: si al menos hubiese la posibilidad de un triunfo, valdría la pena ser más afectivo. Pero así como rechaza la posibilidad de un triunfo también rechaza la posibilidad del fracaso. Está obsesionado con la supremacía total de la soledad. Tal vez está siendo muy extremo, pero son extremos sus instintos al mismo tiempo, entonces comprende ciertamente una verdad: Si fuera a un psiquiatra, le diría que es neurótico, que ha formado barreras brutales a sus instintos. Más que una enfermedad mental es un instrumento de

defensa; tal vez ahora que está libre pueda volver a ser quién es, y con el tiempo, desprenderse del ancla de su pesada forma de sentir. Debe comenzar a ser feliz sólo con el café con leche, sólo con la mañana que le tiene dichoso a la orilla de un poblado, al costado de la carretera. Debe comenzar a disfrutar su vida de vagabundo con gloria.

El café brasileño, será, por otro lado, una parte fundamental de su felicidad. Llegar al Brasil, y tomar café brasileiro. Piensa en el trópico, en las mujeres del trópico, se sonríe.

Toma un último sorbo de café y pide la cuenta. Los animales braman por detrás de la casa, decide comprar un poco del pan recién sacado del horno que se expande hacia afuera del local. Ya comienza a hacer un poco más de calor, juzga que por el tamaño del poblado no podrá comprar nada más a esas horas, hay una verdulería al lado del café pero está cerrada. De modo que después de pagar, inmediatamente se dispone abordar el auto. Gira hacia la izquierda y vuelve por el mismo camino por el que entró. Ahí sigue el camino de tierra que pronto lo traerá de vuelta a la continuidad de la carretera. Al cerrar el cruce que une ambos caminos, están las chicas mochileras que había visto en el café. Ambas le hacen dedo.

–Oh, maldita sea –se dice y pasa de largo. Unos segundos después, frena en seco.

–Qué estoy haciendo –. Ellas, han comenzado a correr, las mira acercarse.
–Bueno, ojalá traigan buena suerte – concluye.

La que viste con blusa verde alcanza primero la puerta del auto, entra y espera a su compañera.

–¡Hola! muchas gracias – dice y le sonríe, mientras él asiente desde sus ojos en el retrovisor. La chica de polera blanca lo mira fijamente por el espejo y entra también al automóvil. Ambas son amigas, se dice.

Le cuesta imaginar que va con dos mujeres: va con un hombre que parece mujer y con una mujer. No se siente en absoluto alguien homofóbico, aunque tampoco se considere un *abierto de mente*. Mientras aquel no sea morboso, está bien. La chica está leyendo un libro bastante grueso. Él ha traído libros también, sabiendo que, como en otros viajes, no los leería.

–Gracias por llevarnos –dice la chica de blanco

–¿Qué estás leyendo? –le pregunta.

–Poesía –dice ella –, estoy leyendo “Cómo leer a Vénturi”, ¿conoces a Vénturi?

–No, nunca había oído hablar de él.

–Es un poeta boliviano que habla pestes de Chile, por eso me gusta, es inteligente al describirnos.

Yo soy profesor de filosofía – dice con orgullo –, pero nunca me ha resultado fácil la poesía.

–Ah, la filosofía es hermosa. Aunque hay autores que no los entiendo ni leyéndolos cien veces –dice la chica de blanco. Él busca una gasolinera, debe empezar a preocuparse por el combustible.

–¿Y por qué no lees a Vénturi, directamente, en lugar de leer un libro sobre cómo leer a Vénturi? –dice él tomando una curva.

Porque fue el único libro que pude coger de la librería sin que me vieran.

Observa el rostro de la chica de verde y un lunar en su mejilla, inmediatamente se concentra de nuevo en la carretera.

Eres una ladrona de libros, ya veo.

Ambas somos ladronas –dice la que viste verde en voz muy alta.

Bueno... ya me robaron un viaje, me imagino que estará bien.

Sí, tú tranquilo. No le robamos a los huevones.

Oye – ríe en buena onda, pero la chica ha cruzado cierto límite, acelera.

Te cagaste de miedo cuando nos viste cara de asaltantes, ya me veías sacar un fierro – ríen ambas. No necesitamos nada tuyo, tenemos lo nuestro – dice la de la polera verde, y luego pretende abrir la ventana.

¿Cuál es tu nombre?

Christopher.

¿Fumas porros, Christopher?

No, no fumo.

¿Pero nos permitirías fumar en el auto?

No, tampoco – dice enfáticamente - chicas, pórtense bien.

Entonces estacionemos un rato, queremos fumarnos un cañito, mira, relájate... por qué no en la mitad de la carretera, antes de almorzar, para

que te concentres mejor al conducir; relájate.

No seas fome, po – dice la travesti.

Estacionan en una bomba de bencina y la tarde ya calienta el zinc de la estación de servicio.

¿Chicas, tienen cinco mil? – ambas se miran y atinan luego de un segundo, le ofrecen un billete.

¿Hasta dónde van? Me había olvidado preguntarles...

Hasta donde nos lleve el destino, mientras más lejos, mejor – dice la muchacha de blanco cuyo pelo mueve el viento.

¿Sus nombres son?

Samanta – dice la muchacha de verde.

A mí llámame Lola – dice la travesti que ha cerrado el libro y mira por el espejo a su conductor.

Sin más palabras, las chicas sacan un moledor y una bolsita plástica de donde extraen dos flores verdes muy aromáticas. Él cede, finalmente. Al menos sólo son porros, piensa.

De pronto la nube de cáñamo entra por sus narices. Aunque no fume y rechace en un momento aquel olor, pronto se acostumbra y hasta lo considera un buen perfume.

Las chicas comienzan a reír y a jugar, a sentarse hacia atrás con los ojos cerrados. El caño enciende como una brasa de carbón, es una bocanada en los pulmones de Lola que hace enrojecer sus ojos una vez los abre. Tosen ambas.

¿Hasta dónde quieres llegar? – pregunta Samanta.

A Brasil – dice él sin ninguna duda.

¿A Río de Janeiro?

No, no... a la selva. Quiero conocer Brasil... yo nunca he salido de este país, de modo que me siento algo enjaulado.

Yo lo conozco, de verdad es muy lindo, un país muy feliz, pero muy pobre también – dice Lola dejando escapar su bocanada de humo hacia afuera - Igual me comería a un brasileiro bien rico - dice entregándole el canuto a Samanta – Aquí hay puros pasivos, hombres débiles en este país – Añade

en sus femeninos modales.

Le extraña lo inusual de la pareja que ha llegado a acompañarlo, quizás rumbo al Brasil. Hay algo que le gusta de ellas: no son estúpidas, escasea mucho ese tipo de gente.

Se detienen a comer el menú de un restaurante: una cazuela. Le entrega confianza aquella calidez familiar, recuerda la familia de su padre, su abuela cocinaba sabroso.

Se retrae de ser demasiado amigable, espera conocerlas poco a poco. Las chicas, al parecer, también tienen hambre.

Se sientan a la mesa, Lola se arremanga bien y Samanta limpia el vaso, él las mira a ambas. Traen rápido los platos, y las chicas comen en silencio, lo miran contemplativamente. Él se siente algo incómodo.

El medio bajón – dice Lola mirando a Samanta y ellas comienzan a reír – No me gusta mucho la carne después de fumar eso sí, como que la hierba me pone vegetariana.

Es que te conecta con la naturaleza – le responde Samanta -, y con el dolor de la naturaleza -. Pese a sus palabras, saborea el pollo desmembrado y lleno de caldo.

¿Ustedes qué hacen? – él les pregunta después de tragar.

¿En qué trabajamos? – dice Samanta– Yo estudiaba enfermería.

Vaya, qué bien... ¿y tú Lola?

Lola no contesta.

Lola tiene historia... - dice Samanta abrazando a su amiga – Si hasta ha estado en el servicio militar y sabe jiu-jitsu, pero después tuvo un encuentro consigo misma y estudió arte. Se echó todos los ramos y ahora estamos aquí.

Viviendo la vida – añade Lola.

¿Arte? – Vuelve a preguntar.

Arte... - Asiente Lola ya terminando su plato – Estudié en la Escuela de Bellas Artes.

¿Y...?

Oye, no preguntes tanto – dice Samanta que atina a sacar un cigarrillo.

No vas a fumar delante de mí, si todavía estoy comiendo.

Me voy, entonces – y ambas se limpian con una servilleta y salen de la mesa.

¡Chicas! – grita antes de perderlas de vista

Piensa que las tarjetas de crédito no sirven para nada, eso piensa de todo lo que tenga puramente que ver con el dinero, pero al menos le sacan de apuros. Es obstinado al utilizarlas. Paga los tres platos y camina en dirección al automóvil, el sol golpea su cara que comienza a dar las primeras gotas de transpiración, las chicas fuman a la sombra de un sauce.

Miren, hay reglas viajando conmigo, primero: lo que consumimos juntos lo pagamos juntos. Segundo, no pregunten por mi vida tampoco.

Abre la puerta y todos se suben.

Han salido casi veinticinco mil – es lo que dice alineando el espejo retrovisor. Chicas, si vamos a ser amigos...

Sí, sí... - Asienten ambas - ¿Tienes cambio de veinte?

El resto del viaje es más cómodo, el sol alumbra desde un ángulo menos enfático y no se astilla tanto en sus pieles si se exponen, el sueño posterior a la comida viene a sus cabezas que miran indefinidamente el abrirse de los campos y de viñas.

¿Podríamos entrar al valle? – pregunta Lola, mientras Samanta se encuentra dormitando a su lado apoyando la cabeza en su hombro.

¿Para qué? – pregunta él con ambas manos sobre el volante disfrutando la rectitud de la autopista, inmediatamente al frente de un cruce de caminos.

Para visitar la tumba de Gabriela Mistral – Añade Lola que ha conseguido cruzar sus ojos con él.

El Valle... – piensa mientras toma aquel camino que los adentrará a las montañas, virando a la derecha.

Lola está sumamente excitada, un verdor profundo se apodera del paisaje.

Oh ¡Gracias! – exclama mientras ha despertado a Samanta que pestañea junto al vidrio de la ventana.

Llegan a media tarde, el sol cae a sus espaldas y colorea de un tono rojizo el despedirse de los cerros.

Al estacionar, inmediatamente salen a estirarse, la brisa es pura, liviana. Hay unos muchachos que tocan guitarra y cantan al ritmo de cajones peruanos.

Por fin algo le devuelve la sonrisa. En la mañana, antes de abrir los ojos, antes que su conciencia viniera al mundo despertándolo, creyó hallarse en cama con la misión de ir a hacer clases como todos los días, pero estaba solo en mitad de la carretera, sin ningún calor humano a su alrededor. Tal vez algo le hizo anhelar una compañía, por eso detuvo el automóvil y ahora iba al compás de la música y se movía cerca de Samanta que permanecía quieta. Solamente Lola se animó a jugar con él, hasta que las estrellas despertaron la diminuta grandeza de aquel que observa el cielo.

Beben pisco sentados junto a los muchachos. El universo es parte íntima de la vida cuando las estrellas no parecen estar lejos. En medio de los muchachos hay un hombre, se separa del grupo y se dirige hasta ellos. Su atuendo es completamente negro, rasgado, su personalidad irradia un velo del alcohol. Parece tener unos cuarenta años y andar todavía con muchachos, hacer cosas de muchachos.

¡Muy buenas noches! - saluda junto a los aplausos que surgen al final de la canción. Los tambores han de permanecer en un ritmo continuo, se camuflan en medio de los músicos que fuman, beben, hacen la noche.

Ellos aplauden al compás de todo el mundo.

Amigo, mira, soy tarotista y llevo veinticinco años leyendo...

Él niega inmediatamente la propuesta.

Yo no creo en esas cosas – dice.

Ah! léeme el tarot a mí, yo quiero – dice Lola tomando un largo sorbo del vaso.

¡Esta noche regalo lecturas! Sólo la energía del valle me provee de esta fuerza - añade dirigiéndose todavía a él sacando una baraja de cartas bastante estropeada, y el hombre muestra bien sus manos sucias y su rostro. Sus ojos están rojos, fragmentados, tiembla un poco con el frío.

Su alma está turbia... - dice el gitano tras sacar la primera carta. Le habla con decisión – usted está aquí saliendo de días duros, ha estado ciego del

amor del universo...

Él suelta un delicado gesto, una sonrisa que le hace mirar hacia los músicos. Lola mira con repudio el gesto evasor de Christopher, y se acerca con atención.

¿Esa qué carta es?

La torre. Se erigía negra, personas lanzándose al vacío.

Usted se arrepiente, y siente culpa, pero no hay forma de remediar nada – La figura desaparece en el mazo de cartas. – Saque otra carta, amigo – dice el gitano, pero él sólo demuestra indiferencia, gira la cabeza, evita tocarlo, se contrae.

Samanta coge la carta más próxima y mira a Christopher con evidente señal de que le siga la corriente. Sale la carta del colgado. Pero qué era para él un juego de naipes, aquellas palabras que podrían jugar un rol en cualquier persona; todos tienen días oscuros, todos los que viajan se sienten más libres.

Usted ha perdido algo, pero para encontrarlo se separa más y más de aquello, para olvidarlo lo extraña, lo quiere y lo deja ir. Las cosas se tienen que equilibrar en su vida.

Bien, ahora el futuro... - dice un poco convencido, algo de asertividad tienen las palabras del gitano. Sale la emperatriz.

Oh, usted tendrá de vuelta aquello que anhela, más no lo querrá más... - dice sin ningún titubeo, de manera distinta a como ha dicho hasta el momento, más expresivo – tendrá que abrir sus ojos para alcanzar el amor. Usted ha fallado, tendrá nuevas oportunidades, no deje de hacer caso a su intuición cuando así lo indique su conciencia.

¿Qué cree? – responde Christopher levantándose violentamente – ¿Qué me voy a tragar semejante mierda? De toda la gente que hay aquí, ¿cuántas tendrán mi pronóstico?

Pues usted tiene el mejor... – responde – por lo general veo días difíciles para todo el mundo, es poco usual que vea en alguien siquiera la capacidad de poder despertarse, mucho menos el quererlo.

Pues yo creo que la ambigüedad puede despertar a cualquiera, y a cualquier cosa.

Mire no sé, es una mujer en su vida que juega un rol fundamental, y debe

reponerse, volver a considerar a la mujer.

Christopher le golpea de lleno en la cara con el puño izquierdo. Cómo ha pretendido adentrarse en su vida sin recibir un castigo y además, como si fuese algo por lo que tenga que pagarle. Camina.

Las chicas se quedan con el gitano y algo hablan, se aleja de los músicos y cruza la plaza.

Si quiera beber un pisco en tranquilidad, tiene que llegar alguien a perturbarle. Piensa en ir a un hotel y disfrutar el silencio. El destino de las personas está sólo en el margen de la poesía: nada concreto, sólo metáforas.

Llegan entonces las muchachas, sus pasos son apagados, vacilando en su camino, ebrias.

No puedo creer que seas tan opaco – dice Samanta – es su trabajo, y quería ayudarte.

Oh, qué mal me siento por él – dice entrando en el automóvil, enciende el motor.

En ese momento piensa: debería marcharse, encender un cigarrillo y dirigirse hacia la noche, en un rumbo solitario.

Todo porque dijo algo que te llegó, te hirió, te apuesto... – dice Lola que entra en el auto y limpia un poco el asiento ante